



Firma del acuerdo comercial entre los países del Mercado Común y los de la EFTA en Bruselas.

## HACIA LA CONSTRUCCION EUROPEA

# ESPAÑA Y LOS 'DIECISEIS'

Por orden alfabético, los países que componen lo que llamamos la Europa Occidental —es decir, los países no comunistas— son estos: Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Finlandia, Francia, Grecia, Holanda, Irlanda, Islandia, Italia, Liechtenstein, Luxemburgo, Noruega, Portugal, Reino Unido de la Gran Bretaña, República Federal de Alemania, Suecia, Suiza y Turquía. Un total de 20. Hay también unos cuantos microestados de economía, configuración y política peculiares: Andorra, Ciudad del Vaticano, Mónaco, San Marino. De esos 20 países, dieciséis han formado una unión comercial, mediante la firma en Bruselas de unos acuerdos, que comienza a conocerse como «la Europa de los 16». Estos 16 son, por una parte, los diez de la CEE (Mercado Común), y por otra, los seis de la Asociación Europea de Libre cambio (AELE o, según sus siglas inglesas, EFTA). Quedan tres. Pero dos de ellos, Grecia y Turquía, tienen ya relaciones especiales con la CEE y podrán participar por esa vía de la nueva Europa. Finalmente, no queda más que uno sin participación, que es España. ¿Por razones políticas? No está claro: Grecia, Portugal, no son países que puedan presentar perfiles democráticos convincentes, y están dentro: Portugal, porque supo a tiempo incluirse en la AELE, cuando el Mercado Común le era difícil, y por esta vía llega al nuevo acuerdo; Grecia, porque pertenecía a la OTAN y negoció

con el Mercado Común antes de su golpe de Estado. ¿Podría haber elegido España el camino de la AELE? Probablemente le pareció más fácil el otro, probablemente temió que la AELE estuviera dominada por una hegemonía británica, y había —y hay— con la Gran Bretaña algún contencioso difícil de disipar. ¿Por falta de deseo de Europa de que España esté presente? No van en ese sentido las declaraciones europeas, y a la nueva asociación le conviene la inclusión de España, que, como decía recientemente «Le Monde», señalando la anomalía —«que un día u otro será necesario corregir»— de que no participe un país «que, según los expertos, cuando termine esta década será el décimo país industrial del mundo». ¿Por falta de deseo español? No: si hay grupos en la extrema izquierda y en la derecha que temen la integración en Europa, la mayoría es europeísta, y el Gobierno parece serlo también. Recordemos la carta oficial firmada por Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, el 9 de febrero de 1962, solicitando la apertura de negociaciones con la CEE: «La vocación europea de España afirmada a lo largo de su historia, encuentra nuevamente ocasión de manifestarse en el momento en que el camino hacia la integración da realidad al ideal de solidaridad europea. La continuidad territorial de mi país con la Comunidad y el aporte que su posición geográfica representa para la

cohesión europea, han llevado a mi Gobierno a solicitar una asociación que permita llegar a una completa integración después de las etapas indispensables para que la economía española pueda alinearse sobre las condiciones del Mercado Común». Esta solicitud, recalquemos, tiene ya más de diez años de antigüedad. El mecanismo europeo ha progresado enormemente desde entonces.

El acuerdo a que han llegado ahora los 16 (más dos) países europeos es el siguiente: los productos industriales estarán exentos de derechos de Aduana entre estos países en un plazo de cinco años, por etapas, desde una reducción inicial del 20 por 100 en 1 de abril de 1973 hasta la franquicia total a partir del 1 de julio de 1977; el plazo se alarga para ciertos productos llamados «sensibles», que requieren una mayor adaptación: papel, zinc, plomo, aluminio, algunos tejidos, etales raros; para los productos agrícolas transformados, los derechos de Aduana se dividen en elementos. Uno de ellos, el de la industria de transformación, suprime también sus derechos, mientras que la protección del sistema agrícola general se mantiene. Islandia y Portugal se benefician de ciertas peculiaridades agrícolas, dado de que la agricultura es para ellos especialmente sensible por constituir la parte mayor de su producción (la pesca de Islandia y Portugal también se incluye en este acuerdo especial).

Está previsto que este acuerdo se complete en el futuro con otros de cooperación «en otros aspectos distintos de los comerciales». Son los políticos. No se ha hecho una mención más explícita por respeto a la situación de Finlandia, que requiere el mantenimiento más estricto de su neutralidad (véase TRIUNFO, número 514) y que, además, no podía en esta ocasión ir más allá del compromiso adquirido: su Gobierno es dimisionario, y el representante de Finlandia no podía comprometer a un futuro Gobierno que todavía no ha sido nombrado). Es indudable que esta Europa tiene una configuración política, por el hecho mismo de no estar representados en ella los países de régimen comunista (que tiene, por su parte, un mercado común propio, el COMECON) y por la exclusión de los Estados Unidos. Pero la tendencia es a una ampliación hacia esos dos importantes sectores. Hay países comunistas, como Rumania, que aspiran a ingresar en la Europa grande, y hay posibilidades de acuerdos importantes entre la Europa de los 16 y el COMECON. En cuanto a los Estados Unidos, está prevista la negociación acerca de tarifas aduaneras con la CEE en 1973.

Por otra parte, hay ya acuerdos de la CEE con varios países mediterráneos, y una veintena de tratados con países africanos, concediendo preferencias generalizadas a los países en vías de desarrollo.

Hay negociaciones con países hispanoamericanos (se dice que muy avanzados con Chile), para los que España se había ofrecido como mediadora en su carta de 1962: «Creo interesante declarar que los lazos que unen a España con los países americanos no sufrirán por la integración en la Comunidad; por el contrario, esos lazos aportarán una contribución positiva a la solución de los problemas que se plantean entre estos países y la CEE». Ullastres, al día siguiente de la carta (era entonces ministro de Comercio, y hoy es embajador ante la CEE) declaraba: «La carta contiene una alusión a nuestra vocación americana e hispánica. En efecto, esta vocación, junto a la vocación europea, constituyen las dos caras del ser nacional histórico español al que no podemos renunciar».

El bloque que queda ahora formado es de una potencia comercial extraordinaria. El total de las exportaciones de los dieciséis países contratantes equivale, aproximadamente, a la mitad del comercio mundial. La arquitectura de pactos y acuerdos que cada una de las dos asociaciones tiene, y aún los privados de cada país —como, por ejemplo, los de la

Commonwealth británica— le dan un alcance global.

Este acontecimiento se produce en plena euforia europea. Es una euforia probablemente exagerada: quedan numerosas etapas por vencer, aun dentro de cada una de las dos asociaciones —la conferencia de la Europa de los Diez, en París, está aún en el aire, por ejemplo—; pero, por primera vez, comienza a configurarse una Europa realmente única. Aparecerá así, con carácter político, en la próxima conferencia de seguridad europea, formando un bloque negociador distinto, por una parte, de la Unión Soviética y los otros países comunistas, y por otra, de los Estados Unidos. (España también asistirá a esa conferencia, pero aisladamente. Se sumará al grupo que prefiera.)

Un paso previsible es la desaparición de diferencias entre CEE y AELE; constituirá una negociación áspera, trabajosa, con aplazamientos, rupturas y posiciones personales, pero, al cabo de años —quizá pocos, si la aceleración europea actual continúa— se habrá conseguido. ■ JUAN AL-DEBARAN.



# La Capilla Sixtina

## DE VACACIONES

Como estamos en agosto y hace calor y la Encarna se ha ido a pasar las vacaciones a Yugoslavia con un ligue de Córdoba y como a mí el ligue de la Encarna no me gusta ni un pelo porque es tan dodecafónico, tan concreto y tan escatopolítico que cruje al andar..., en fin, como no estoy lo que se dice de buen humor y la cosa podría acabar incluso mal entre ustedes y yo...

Malas vacaciones estoy pasando. A fines de julio me dije: Sixto, las únicas vacaciones que te ilusionarían serían las que te llevaran a los mares del Sur y para eso no tienes dinero. Y para no poder ir a los mares del Sur bien estás en Madrid. Y a aquí estoy, de piscina en piscina, con ciertas ansias de ligue y con pocos objetivos. No sé qué pasa, pero en las piscinas de Madrid no hay más que hombres con las mismas intenciones que yo, y nos quedamos horas y horas mirándonos con cara de manifiesta hostilidad, bajo un sol de injusticia y pasando continuados balances a la población femenina no acompañada. Además, como mi madre me parió tan liberal, no me gustan los ligues achuchones. No me gusta ponerme pesado o enganchoso y espero que los ligues vengan a mí. Y así estoy desde los quince años y los ligues no han venido. Pero un liberal nace, no se hace.

El otro día estaba yo en la piscina de la Casa de Campo y se sentó muy cerca un guayabo ojiverde, rubia y tan escasa de bikini como justa de carnes. Además llevaba un libro en las manos. Era lo que se dice una maciza ilustrada y muy bien teñida. Me las ingení para acercarme a ella, leer el título del libro e iniciar un ligue mental, que son los que están más a mi alcance. Por fin pude enterarme de que estaba leyendo un libro sobre las mujeres en las vidas de los hombres famosos. Con este animal intelectual no esperaba encontrarme. Un servidor pertenece al 0,00008 por 100 de españoles que en cuanto les sacan del tema del Capital Monopolista de Estado y el orgón de Wilhelm Reich, ya le metan en la Nada habitada por Nadie. ¿Cómo se puede ligar con una señora tan imponente y que lee un libro para marclanos?

—¿Interesante? El libro, ¿Interesante?

—¿Y a usted qué le importa?

—Es que yo tengo que ver con eso de los libros.

—¿Es usted librero?

—No. Escribo libros. Escribía, vamos. Y escribiré. Pero ahora estoy un poco desencantado.

—Pues si tuviera usted que trabajar de manicura como yo.

—Es un oficio artístico, pero pesado. Una muchacha tan, tan..., en fin.

—Las cosas hay que tomarlas como vienen. Pero yo leo todo lo que puedo. Porque el saber no ocupa lugar.

—Claro que usted se casará algún día y tendrá hijos, en fin.

—De eso, nada. Está usted orsay, señor.

—Vamos, es usted una chica emancipada, no quiere compromisos. Vive su vida.

—No se vaya a creer que soy una chica fácil porque llevo bikini y me baño sola en la piscina. Que le veo venir.

—No faltaba más. Yo soy muy avanzado. Mucho.

(En estos momentos siempre me falta el oportuno carnet de avanzado que me ayudara a comprobar mi identidad.)

—En fin, señorita, que estoy de acuerdo con su posición.

—Ahora mismo he leído en este libro que las mujeres de los famosos suelen ser unas desgraciadas. Pues si ellas son desgraciadas ¡qué serán las mujeres de todos los demás!

—Tiene usted mucha razón.

—Y todo para vivir dos días, que sólo vivimos dos días, no se crea usted.

—No. No. Es evidente.

—Por eso, y como decía Tucídides: «Nada de lo humano me es ajeno».

Como si me cayera el Partenón en los genitales del alma. Ante mis ojos la hermosa muchacha teñida se había desteñido, se le había puesto la nariz llena de barro, como la de un viejo maestro hasta entonces olvidado, y todo lo que eran encantos me parecían monstruosidades. No he podido decir otra cosa que:

«Quasi modo géniti infantes, aeluya: rationabiles sine dolo lac concupiscente, aeluya, aeluya, aeluya».

Y me he puesto a tomar el sol. La muchacha me miraba desde lejos un tanto alarmada. Y he visto cómo indicaba a otra muchacha cercana que yo no estaba en mis cabales. Y es que ya estoy hasta las narices de que Encarna rompa el «climax» citando a Mao y ahora el proletariado cultural me cita a Tucídides.

SIXTO CAMARA